

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ANO XII

Madrid, 1.80 pesetas al mes.—Provincias, 6 pesetas trimestre, 12 semestre y 20 al año; por correspondencia, 24.—Cuba y Puerto Rico, 6 pesetas trimestre, 12 semestre y 20 al año.—América, 8 pesetas trimestre, 12 semestre y 20 al año.—Unión Postal, 10 pesetas trimestre; 20 semestre y 35 al año.—Los de más países, 20 pesetas trimestre.—Pago adelantado.—No se admiten recargos.

Número suelto 5 céntimos de peseta

PUNTOS DE SUSCRIPCION

Madrid.—Viernes 20 de Octubre de 1899

En la Administración del periódico, calle de la Concepción, Jerónima números 15 y 17, primeros números, en las principales librerías de la capital y de provincias y en casa de nuestros correspondientes.

NÚM. 8.347

Apartado de Correos núm. 180
Teléfono núm. 294

Problema de moralidad

Continuemos el asunto de ayer. La iniciativa del Ateneo de Valencia, mereciendo nuestros aplausos. Educar al pueblo, es altamente meritorio. No nos duelen ni puede dolernos la instrucción de las clases populares. Dijo un gran filósofo, que la ciencia conduce hacia Dios. Decíamos nosotros, que encendidas las luces intelectuales en algunos cerebros y las ideas de bien y de rectitud en algunas almas, no tendríamos que lamentar deserciones, ni veríamos aclararse nuestras filas. Entrambos efectos los notarían en las suyas nuestros adversarios. Queremos que el Maestro sea todo lo respetado que merece por sus altas funciones; deseamos verle prestigioso, amado, bien retribuido, ocupando en la sociedad el puesto que es debido al que deposita las semillas del bien y del saber en los corazones y en las inteligencias de los que han de ser los ciudadanos de mañana, los que han de nutrir las filas del ejército y las del clero, y en suma, los que han de formar la sociedad del porvenir.

Pero insistimos en que el problema no es tanto de instrucción como de educación, no tanto de saber como de moralidad, y en que el maestro hará más por España y por los españoles formando corazones que inteligencias, es decir, que en nuestra modesta opinión, la escuela debe ser esencialmente educativa.

Lo que no podemos ni debemos pagar por alto, sin reparos de nuestra parte, es que se afirme como verdad inconcusa que la causa de nuestros desastres ha radicado exclusivamente en la deficiente o nula instrucción de nuestras clases populares. Parece que hay grandes empeños en apartar las responsabilidades de los partidos y de los hombres políticos; y unas veces es Moret, al deshecho ministro de Ultramar, otras el corazón de aquel Gabinete funicista que nos llevó a la más inequívoca derrota después de habernos sentido todas las frentes y humillaciones, el que asegura que es el país, el país que inundó con su oro y con su sangre todo un continente, como terreno estéril, incapaz de dar calor a ideas levantadas ni a propósitos provechosos, mendigo cubierto con los harapos de purpura de las generaciones precedentes; otras veces es éste o aquél político, científico o industrial la que, recordando las catástrofes, pone en la masa del pueblo la raíz de los escolamientos y fieros males que hemos padecido; y todos olvidan ó quieren olvidar que, con cultura ó sin ella, con una masa de sabios ó de imbéciles hubiera sucedido lo mismo con instituciones y gobiernos que no supieron resolver el problema colonial; con instituciones y gobiernos que calificaron de cuestión política, lo que fué en su origen problema de moralidad; con instituciones y gobiernos que no se cuidaron de prepararnos para una guerra que sus torpezas hicieron inevitable; con instituciones y gobiernos que dejaron indefensas las fortalezas de Filipinas y de Cuba, y que habiendo dispuesto de una millonada para dotar a la nación de barcos poderosos, no prepararon más que aquellos costosos pero deficientes y casi inútiles barcos que cayeron en las aguas de Santiago de Cuba como bandadas de palomas a los disparos de las ametralladoras yanquis...

No: no hagamos responsable al pueblo de hechos que deben en estricta justicia imputarse a sus gobiernos. Bien que se le instruya y se le eduque, que se le eduque sobre todo, pero de tal manera, que responda siempre a los impulsos de las inteligencias y de las conciencias españolas y prefiera morir con honor a vivir con vilipendio, aguantando latigazos a los tiranuelos que pasan por el poder como los torrenes por los valles...

Aparisi á Valencia

En el número que esta semana publica nuestro querido compañero *El Centro*, leemos un bien escrito artículo acerca de los restos mortales del gran Aparisi y Guirjarro.

Después de copiar el suelto de *El Aguila Extremeña*, que ya conocen nuestros lectores, escribe el estimado colega:

«Aplaudimos sin reservas la excitación que dirige á todos los católicos *El Aguila Extremeña*, y que nosotros trasladamos muy especialmente al pueblo de Valencia.

Aparisi murió en Madrid el día 5 de Noviembre del año 1873.

Pocos días después de su fallecimiento, solicitó su cadáver, ofreciendo para él un digno paradero, todas las autoridades eclesiásticas, civiles, militares, provinciales y populares de Valencia. La familia, renunciando á otro paradero en Madrid que espontánea y repetidamente ofreció con gran empeño D. Luis Peja, gran amigo de Aparisi, cedió á lo que los valencianos lo que pedían. Constituyéronse Juntas á las que, según nos aseguraron, no era extraño el director de *Las Provincias*, D. Teodoro Llorente; abrieron suscripciones y se llegaron á reunir cantidades, según se dice en periódicos de aquella época, para cubrir lo que se le debía, teniendo en cuenta la inventiva de los católicos, que antes, citable sobre ha malogrado y malogrará si no aplica...»

«...y hará infundadas todas nuestras insinuaciones. Aquellas Juntas se disolvieron, el dinero no se abismó en qué se invirtió y los restos del gran Aparisi quedaron depositados en modesto nicho en uno de los cementerios de Madrid, donde aun se conservan.

Con motivo del traslado de los restos mortales enterrados en los antiguos cementerios de Madrid á la Nueva Necrópolis, recurre *El Aguila Extremeña* á la gran catifera para que se cumplan sus ideales, oponiéndose á que sean arrojados á la fosa común las cenizas del hombre inmortal que tantos días de gloria dió á la Religión y á la patria.

El Centro no sólo se ofrece á secundar el pensamiento, sino que hace algo más. *El Centro* cree que ha llegado el momento de que Valencia pague la deuda sagrada y cumpla el compromiso de honor que contrajo cuando aun estaba caliente el cadáver del ilustre patriota valenciano.

Suponemos, como nuestro ilustrado compañero *El Oso* Español, que el gran Aparisi tendrá en Madrid donde quiera procurará conservar, como santa reliquia, los venerandos restos del que fué en vida gloria y orgullo de la Religión y de la patria. A estos restos corresponde en primer término formular la oportuna reclamación, para lo cual procuraremos las debidas gestiones, y á los tradicionalistas valencianos correspondiendo todo lo demás.

Para la realización de este proyecto, entendemos que se debe empezar por la constitución de una Junta en Valencia. En Valencia hay distinguidas personalidades que seguramente trabajarán con entusiasmo, si, como esperamos, acogon con cariñosa solicitud nuestro pensamiento. Allí están D. Manuel Polo y Payrolón, D. Casimiro Valdés, D. Antonio López, D. Daniel Olin, D. Vicente Calatayud, D. Vicente Castillo, D. Manuel Luis, D. Francisco Carrasco, D. Santos Alócn, D. Enrique Silva y otros varios que no citamos en gracia á la brevedad. Allí se publican los periódicos católicos *La España Cristiana*, *La Semana Católica* y *La Libertad*, que se dejarán de prestar su valioso concurso. Promuévase una reunión, nómbrese una Junta, y trabaje hasta conseguir nuestro objeto.

¿Hace falta dinero? Pues abra la Junta una suscripción, á la que contribuirán todos, y *El Centro* publicará en hoja suelta la lista de los donantes. Por nuestra parte estamos dispuestos á remover todos los obstáculos que se presenten, porque para los valencianos es cuestión de honor el llevar los restos mortales del gran Aparisi al cementerio de la ciudad, á la que amaba con entrañable cariño.

Este es nuestro proyecto, del cual seguiremos ocupándonos en números venideros.

De todas formas aplaudimos la idea de *El Centro*. Aparisi, que es una gloria española, gloria y honor especialísimo de Valencia, su noble cuna. Justo es, por tanto, que aquella región se honre guardando las cenizas de su proclamo hijo, reclamándolas ahora, como reclamó Zaragoza las de Goya, y Jaén las de Donato López García.

Y la idea de *El Centro* es tanto más práctica y factible, cuanto que si se permitiera el plazo para justificar el derecho de sepulturar, no lo es ni mucho menos el de trasladar los restos mortales pues todavía ha de construirse el nuevo cementerio á donde quiere llevar el Estado los huesos de los que yacen en la antigua sacramental del Norte.

Para todo, cuentan los valencianos y sobre todo, *El Centro*, con nuestro entusiasmo y decidido concurso.

Política suelta

Sistema regenerador de *El Globo*. La instrucción integral obligatoria y gratuita es la única que puede regenerar á España.

Y añade:

«Hay que buscar el remedio en los procedimientos educativos. Para el presente contentámonos con ir remediando, en cuanto sea posible, los síntomas calamitosos para el futuro, preparando á la generación que nace. La empresa no es de resultados inmediatos, pero es de positivos efectos en la historia.»

Si antes no nos sucede lo que á los horros del ciento, que se murió cuando se iba acostumbrando á no coger.

Pero aparte bromas.

«¿Con qué régimen y con qué hombres de gobierno quiere *El Globo* implantar esos procedimientos educativos de regeneración?»

«¿Con sus hombres y con el actual régimen?»

«¿Con el régimen y los hombres que dejan morir de hambre á los pobres maestros de escuela?»

Pues si en así, ya puede esperar sentado.

Por que esa no sería una regeneración. Sería la disolución total de esta desgraciada España.

Dice *La Correspondencia Militar*: «El Gobierno prepara veinte ó treinta mil pesetas al general Weyler, á vez el sueldo de agosto.»

«Eas veinte ó treinta mil pesetas, para salir de apuros, mejor que al general Weyler le vendrían bien á otros muchos generales.»

«Pero dejando á un lado el que los veinte ó treinta mil pesetas á nadie vienen mal, ¿es esa la manera que tiene *La Correspondencia Militar* de prestigiar al generalato y con él al Ejército?»

Lo tendremos presente.

También son del mismo periódico las siguientes líneas:

«A medida que pasa el tiempo, el Sr. Sagasta se siente más antiguo, y á sus declaraciones sigue otra, hecha tímidamente, pero en el concepto de jefe de partido en el presente y de jefe de Gobierno en el porvenir.»

«Y es que el Sr. Sagasta sabe que en esta país todo se olvida, y supone que en estas fechas ya no debe haber un español que recuerde que entró en Colombia sin defenderla, y que cubrió de oprobio á España con una paz vergonzosa que olin á traición y á miedo.»

«¿Y quién tuvo la culpa de que un Gobierno de traidores nos entregara sin defensas nuestras colonias al extranjero?»

Porque en esta ocasión parecemos ver, aunque ocultos, otra censura al ejército.

Y si no, recuerde *La Correspondencia Militar*, lo que dijo el general Blanco en el Senado.

«Que estaba peseroso de haber obedecido las órdenes del Gobierno.»

Y de no haberse abastecido al frente del ejército de Cuba.

De modo que no fué Sagasta el único responsable de la gran catástrofe.

El único traidor.

Los sucesos de Villarreal

Villarreal 18, 10 99.

Sr. Director de *EL CORREO ESPAÑOL*. He leído en el núm. 3.344 de *EL CORREO ESPAÑOL* los recortes extractados que copia usted de noticias que de esta localidad publican los diarios reuñonistas de esa corte *El Liberal* y *El País*.

Parece, Sr. Director, inofensivo que haya tanta desfachatez y bajeza para estampar tamaño ensarto de mentiras y calumnias; y es que, como dichos diarios son discípulos de Voltaire, que dijo: «Calumniam, que algo queda, ejerce un conato sobre la exageración.»

Lo sucedido ha sido: Efecto de que en tres números consecutivos del diario republicano clerofobo-carlotóbo *El Clamor de Castilla*, insertaron tres cartas sauerosas por lo inmorales y falsas de cultura é insultantes por sus desplantes políticos, pues en ellas despoeticaban

contra el virtuoso Clero de ésta, la Reverenda Comunidad de Franciscanos y de los Jesuitas. Insultaban á la mujer católica, diciendo que usan la mantilla y van al templo de Dios para encubrir su prostitución. Que los carlistas hemos puesto placas del Sagrado Corazón de Jesús para disuadir á ellos, y que admiten el reto.

Esto llenó de indignación al pueblo, y también al decir que no había ningún vecino honrado más que los republicanos. Después de estos insultos, anunciáronos que su ídolo Bisca Ibáñez iba á venir aquí á celebrar un *meeting*, nos sublevó, y aun sin eso, cómo había de recibir esta católica villa si que no se apareció en Valencia cuando embarcamos para ir á Roma en peregrinación y al Marqués de Carribo cuando en un viaje de propaganda fué allí.

El acto de protesta de esta villa, á la venida de ese anticatólico, ha sido de la casi totalidad de sus vecinos, con un entusiasmo grande, pero sin ofender ni atropellar á nadie. Es, por lo tanto, mentira y oluntaria indigna, que ningún manifestante saltara ningún tren con arma alguna ni sin ella; mentira lo del desmayo de ninguna señora, pues tampoco hubo por qué, ni que se dieran vivas políticos, como no dice el diario *El Aguila*, de Valencia. Pues los gritos fueron vivas al Sagrado Corazón de Jesús.

«Paga lo que han agradecido los republicanos que no atropellamos á ningún correalionario de aquí, siendo así que nos han dado tanto motivo á inflamar la sangre con sus cartas insultantes y provocativas!»

Con esta ocasión se ofrece de usted atento s. s. q. u. m. d.

A. F. DE M.

El Prelado de Córdoba y CASTELAR

OBISPADO DE CORDOBA

Circular núm. 27.

Después de nuestra circular de 11 de Septiembre último. Nos habíamos propuesto no ocuparnos por Nos mismo del asunto relativo al monumento del Sr. D. Emilio Castelar, pero cambiamos de propósito por el número, valor y autoridad de las felicitaciones que han venido á Nos con posterioridad á aquella fecha. Las hemos recibido de casi todas las provincias de España y hasta del extranjero. Unas por escrito, otras de palabra, presentándonos los felicitantes, y otras por encargo de los felicitantes presentes á personas que viven en esta ciudad. Es de advertir que en nuestras conversaciones particulares Hemos manifestado que los señores Eclesiásticos de la Diócesis no deben felicitarlos porque estamos convencidos de la pureza de doctrina de nuestro Clero y de su amor y adhesión á nuestra persona, y porque no deben perderse fuerzas que nos han de ser necesarias á todos en las dificultades que atravesamos y en las mayores que, sin una intervención especialísima de Dios, atravesaremos.

Lo más notable de los parábulos que recibimos es que los felicitantes, en su mayor parte ni nos conocen ni Nos los conocemos. Lo cual permite calificar sus felicitaciones, unidas á las alabanzas de todos los periódicos y revistas católicas de España y alguna de Francia, de explosión del sentimiento católico que está unánimemente conforme en reprobar y anatematizar el consabido monumento.

Algunas de las razones que se alegan felicitándonos son edificantes y dignas de ser conocidas de aquellos de nuestros amados diocesanos que tengan gusto en ello. Al efecto Hemos dispuesto que las cartas y comunicaciones de felicitación originales se depositen en nuestra Secretaría de Cámara y Gobierno para que las lean los que lo soliciten. Su inserción en el *Boletín Eclesiástico* es imposible por la multitud de cartas que sería necesario imprimir y porque algunas contienen pormenores que aunque se prestan á la publicidad no es prudente imprimirlos sin permiso de los autores. Y aunque es de creer que éstos lo otorgarían, se emplearía mucho tiempo y trabajo en consultarlo.

Repetimos aquí lo que dijimos en 11 de Septiembre á todos los que Nos han favorecido con vuestras desde *El Boletín* la expresión de Nuestra profunda gratitud, sin aceptar los elogios que Nos tributan por Nuestra renuncia de la presidencia honoraria con que Nos habían pretendido honrar. El cumplimiento de las obligaciones ordinarias que Nos imponen Nuestro cargo para con Nuestro muy amado Clero y pueblo de la Diócesis, no merecen ni alabanzas, ni elogios, ni encomios de ninguna clase.

Según Nos afirman personas de Nuestro trato y amistad, y por lo que dicen algunos periódicos católicos, parece que las publicaciones impías, librepensadoras y masónicas liberales de la corte y de provincias, continúan desatándose en denuestos, improprios y groseros contra Nuestra humilde persona, as-

gurándonos que estamos completamente solo en la reproducción del monumento de Castelar; como si esto, aunque fuera cierto, probara algo en contra de la razón y justicia de Nuestras afirmaciones. La verdad es por sí misma, prescindiendo del mayor ó menor número de los que la abracen, ó de que no la abrace ninguno. También Nos combaten por la infundabilidad de Nuestra representación, como si la falta de éxito en el cumplimiento de Nuestras obligaciones las anulara y Nos dispensara de hacer lo que debemos á Nuestra propia dignidad y á Nuestra muy amado pueblo. El cumplimiento de Nuestras deberes nunca es infencando á los ojos de Dios, y así nunca en la esfera puramente humana. Depende del hombre poner los medios que son necesarios para la consecución de un fin mayor, empleando todos los esfuerzos que están en su mano; pero el éxito depende de Dios, «neque qui plantat, est aliquid, neque qui rigat sed que incrementum dat Deus.»

Nada es al que planta y el que riega; Dios es quien da el incremento, ó en términos que usa nuestro pueblo: el hombre propone y Dios dispone.

«A las insaltes y denuestos á Nuestra persona, respondemos Nosotros con el más generoso perdón, pidiendo á Dios para que asista con su gracia á los autores de las injurias y calumnias.

A las amenazas que nos vienen del campo enemigo, contestamos que no nos intimidan ni nos pueden intimidar, estando como estamos dispuestos á derramar nuestra propia sangre en esta noble ciudad de Córdoba y en este mismo sitio donde derramaron la suya tantos mártires esclarecidos defendiendo la fe de desecristo.

El cumplimiento de Nuestras deberes, pastores Nos obliga á hacer en defensa de la religión este sacrificio, y lo hacemos, si fuese necesario, con la asistencia y ayuda de Dios Nuestro Señor.

Ni en momento siquiera dejáremos de proteger, hasta donde lleguen nuestras fuerzas, la inocuidad y pureza de la fe cristiana en el corazón y en el entendimiento de nuestros amadísimo diocesanos, de aquella santa fe cristiana que el incomparable tribuno y eximio orador parlamentario D. Emilio Castelar repudió pública y solemnemente, y cuyo repudio no retractó ni anuló ni aun después de haber sido recibido por Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, según afirmación del mismo Sr. Castelar, con sus objeciones y agasajos de un principio soberano; ni después de haber sido tratado con cortesía y benevolencia por respetables Prelados y por Deanes y Canónigos de Iglesias Catedrales. Como No mismo lo habríamos tratado si lo hubiéramos conocido y si se nos hubiera presentado ocasión para ello; pero una cosa es la cortesía y los miramientos sociales que se deben á toda clase de personas, y otra el erigir monumentos que glorifiquen la irreligión y los perniciosa causados á la patria.

Aparte de los republicanos que han combatido, hasta con crudelidad y ensañamiento, al Sr. D. Emilio Castelar, especialmente después de la restauración, y sobre todo el periódico *El País*, lo combatieron también D. Antonio María Godó en un opúsculo titulado *Castelar*; el señor marqués de Pidal, actual ministro de Fomento, en sus *Ósculos históricos*; D. Juan Manuel Ortí y Lara, catedrático de la Universidad Central, en su libro *Historia democrática ó examen de las locuras de D. Emilio Castelar en los últimos años de su vida*; D. Francisco Mateso Menéndez Pelayo, también catedrático de la Universidad Central, en la *Historia de los heterodoxos españoles*; el Emilianísimo Sr. D. Fr. Zeborin González, catedrático que fué de la Universidad de Manila, después Obispo de Córdoba, Arzobispo de Sevilla y de Toledo, Prímado de las Españas y Cardenal de la Santa Iglesia Romana, en su insuperable obra *Historia de la Filosofía*; D. Antonio Aparisi y Guirjarro, diputado á Cortes, ilustre abogado y patriota del mismo Sr. Castelar, en sus *Discursos y artículos*; el inolvidable D. Francisco Mateso Menéndez Pelayo, también catedrático de la Universidad de Sevilla, en sus *Opúsculos*; D. J. M. y S. J., en su obra titulada *San Ignacio de Loyola, según Castelar*.

Los amigos y admiradores de D. Emilio Castelar habrían empleado su tiempo y sus energías, mejor que en denostar y rebajar al humilde Obispo de Córdoba, en refutar á los escritores que van enumerados, al menos al Emilianísimo Sr. Cardenal Fr. Zeborin González, á los Doctores Menéndez Pelayo y don Francisco Mateso Menéndez Pelayo, que como citábamos en nuestro artículo de renuncia dirigida al señor presidente de la Junta promovedora del monumento. Es posible que D. Emilio Castelar sea todo lo que nosotros decimos que es, aun siendo verdad que Nos seamos todo lo que los ateos, librepensadores, herejes y masones dicen que somos. No son, pues, pertinentes, ni hacen al caso, los ataques á Nuestra persona para defender á D. Emilio Castelar.

Si todo tal el desacierto de las defensas, que no han faltado escritores, que por defender á Castelar, han emitido doctrinas y opiniones de las cuales se deduce que Castelar era ateo, á cuyos errores nunca creímos ni